

De la breve expresión-exposición

Es importante, creo, que la palabra no solo tenga vigencia permanente, sino, en la medida de lo posible, tenga, además de su propio e intrínseco significado, resonancia nueva cada vez sin desvirtuar su último valor. Creo que Wittgenstein no estaría del todo en desacuerdo con esta consideración.

Cuenta Rafael Cansinos Assens en sus Memorias que, en ocasiones, interpelaban a un bohemio mugriento apellidado Cubero del siguiente modo:

-Pero tú ¿qué piensas? Para eso eres filósofo...

A lo que el interpelado respondía, con gravedad:

-¡Yo!... Yo matizo.

Y he aquí -tal vez como no podía ser menos, tratándose de un bohemio de formación humanista, solitario y romántico, cual era el caso-, que la respuesta estaba llena de enjundia.

Pues bien, tal anécdota considero que no es en vano el que pudiera servirnos para abordar una reflexión a propósito del aforismo, por cuanto en la 'naturaleza' de este, en su valoración más aquilatada, han de tenerse en cuenta

necesariamente estos dos rasgos señalados: un valor de matización, de sugerencia aclaradora y nueva en la expresión, y un contenido filosófico en lo expuesto. Ello unido a lo que, como estructura formal, suele ser un rasgo común aceptado genéricamente para el aforismo: la brevedad

No piensa, sino matiza, lo que equivale a decir que lo que él oferta es una respuesta ilustrada. Pero además, el exponerlo en contenido filosófico, pues a él le interpelan como tal, es como añadir un punto de valor a la respuesta. Y es que el aforismo es rigurosa y delicada artesanía del pensar...

*

“Non multa, sed multum” escribió Sto Tomás cuando quiso ‘limpiar’ el contenido de las cosas; más aún el de las palabras. Y ello por, cuando menos, una razón principal que ha venido a aclararnos Edmond Jabés, ese ‘señor de lo breve significativo’ cuando escribió: “Un signo inventa un vocablo y el universo, de repente, se ve enfrentado a sí mismo”

Pues bien, sea que ésta es precisamente la cuestión: que el universo se enfrente a sí mismo. Y yo quiero entender en ello su valor ontológico; que el hombre se enfrente a sí mismo: ante el poder y vigencia de la duda, ante el Destino, ante su sentido de trascendencia referido a un dios...

En su día elaboré un trabajo a propósito de la escritura aforística que titulé, deliberadamente, “El aforismo o la formulación de la duda” ¿Es que existe algún texto de

hombre consciente que no contenga duda? Implícita o explícitamente ahí estará, esperándonos; y no, curiosamente, para restarnos vida, sino para otorgárnosla. “Antes de preocuparte por encontrar un lugar en donde establecerte, busca una salida a tu inquietud. Si hay salida, hay sosiego” (Jabés)

*

No es verdad, pienso, que para abordar ese signo de identidad definitorio que es la inquietud haya de elaborarse un discurso prolijo y documentado, no. De hecho, considero que el buen texto ha de ser siempre abierto; no dictarle al lector (y a uno mismo) lo que ha de hacer, sino invitarle a que él, por sí mismo (el que re-crea), obtenga la respuesta más propia a su interior, a sus consideraciones acerca de lo real y lo intemporal. Hay que invitarle, en el mejor sentido, a la libertad. Cultura, a mi entender, no es sino una incitación en favor de esa libertad (la cual, recuérdese, en realidad no existe, sino ‘es a lo que se tiende’, tal como expresó Carlos Fuentes)

Las premisas de la expresión

No es abundante, en nuestros predios, la literatura que haya reflexionado sobre la materia aforística, pero, al menos a mi entender, sí ha sido significativa. En tal sentido, quiero señalar en primer lugar la opinión expresada

por el profesor Anxo Tarrío, que recojo aquí en su lengua vernácula:

“ *Less is More*. Xa está dito, aínda que non pareza moito dicir, pero un non se decata do alcance que poida ter esa máxima de Robert Browning até que se pón a escribir sen pretensións de abourar o lector pero coa vaga esperanza de poder enganarse a si mesmo, podando as máis recónditas redundancias, algunhas ben á vista, na tona da escritura pero tantas veces encastradas nos repregamentos da tectónica semántica; procurando a imposíbel substantividade e fuxindo, inutilmente, do adxectivo mimetizado en cada recanto do idioma, coidando inxenuo poder afastar todo o que empece contemplar a inasequíbel cerna do pensamento que pide saída ceibe á luz e que a miúdo se anica comprimido entre a faramalla dos prexuízos e das banalidades, dos imagotipos, barullos e boubas que tan só se poden escorrentar con soedade e silencio, eses dous estados tan difíciles de conseguir, como se ten manifestado dende os séculos horacianos máis retirados, nos espazos máis recónditos do pensamento oriental e en todas as tradicións filosóficas e poéticas, e perdóeseme agora a redundancia”

Es, creo, una exposición clara, a la vez que contenida y, como no podría ser menos, alusiva a otros modos de decir; incluso a otras culturas. Y continúa aún, enriqueciendo lo que podríamos definir como esas premisas de la cuestión:

“Un proceso seica moi democrático no balbordo barullento do consumismo indiscriminado e paleta proxectado sobre unha actividade que se denomina *lectura*, limpísimo

exercicio que require unha dose moi grande de intimidade e de reflexión en silencio”

Silencio, una postura clave para el pensamiento.

Y remata, por fin, con una invitación a esa actitud selectiva, aristocrática (también llena de humildad) que propicia la buena soledad. Así lo expresa cuando destaca la actitud sobria del decir, pues tal discurso, en el escritor “se irmanda no que ten de perfección isolada e que o achega a si mesmo “a solas, sin testigo,/ libre de amor, de celo,/de odio, de esperanzas, de recelo”, como quería o poeta agostiño en Salamanca na procura dunha vida afastada. *Beatus ille*”

*

Por su parte, el escritor (y aforista él mismo) Rafael Argullol ha aportado a su vez sustancioso discurso al tema de que se trata aquí. En tal sentido cabe reflejar el interés de sus palabras cuando se refiere al propio ejercicio, el de la escritura: “Para mí, la literatura es un archipiélago en el que, si bien descubrimos múltiples islas expresivas que comportan rasgos propios, sobresale una unidad de fondo que es, en última instancia, la que define la personalidad del autor”

Cabría reparar aquí en una primera alusión, más o menos explícita, a la definición de autoría como estilo, como un modo individual, exclusivo, de exponer el discurso: “Contra los compartimentos estancos que recluyen en prisiones cerradas ‘lo lírico’ o ‘lo narrativo’, la ‘literatura pura’ o la ‘literatura de ideas’, hace ya bastantes

años me declaré partidario de una *escritura transversal* que, a modo de travesía, navegara sin prejuicios por el mar de las formas para dejar constancia de los itinerarios artísticos que cada escritor fuera capaz de capturar”

Reclamo, pues, a la exigencia de la identificación del escritor por su forma propia, por su definición desde el sentido y el ser de su discurso, lejos de canon impuesto alguno salvo el de su libertad creadora.

Y Argullol en su reflexión alusiva, pero centrando ahora su planteamiento en la consideración de esta forma de escritura breve, tan exigente en su brevedad, tan sospechosamente accesible, dice:

“Naturalmente, el aforismo es un tipo de expresión que se adecua a la transversalidad literaria. Es, al mismo tiempo, poesía e idea, narración y pensamiento, aparentemente hermético y enclaustrado en sí mismo es, simultáneamente, escritura abierta, *de paso*, que teje un tejido siempre inacabado. El escritor de aforismos va dejando señales en su camino, insinuando el rumbo pero velando la meta. Sus verdades son provisionales porque sabiamente renuncia a apropiarse de la verdad”

Renunciar a apropiarse de la verdad me parece, particularmente, una verdad esencial dentro de la labor – siempre consciente- de todo aforista. Y continuó la cita, que me parece sirve muy bien como referente teórico válido:

“Precisamente por poseer estas características intrínsecas es porque el aforismo implica fuertes dificultades y su supuesta facilidad no es sino la consecuencia de su complejidad. Para llegar al fruto

deseado el experimentador aforístico debe realizar una dura tarea de filtración y enfriamiento, de modo que lo que le pareció adecuado en el momento de mayor tensión intelectual le continúe pareciendo pertinente en la perspectiva del tiempo. Íntimo y, paralelamente, intempestivo, el aforismo debe quedar a resguardo de las vicisitudes de la actualidad”

Y esta última alusión considero que habrá de entenderse en el sentido de que, por ser el aforismo un referente de contenido ontológico, carece de actualidad, es intemporal, lo que no quiere decir que no sea la actualidad, antes al contrario, su motivo de curiosidad e interpretación. En la actualidad está el hombre, y a él va dirigido el contenido expresivo del discurso aforístico.

En el aforismo está, o ha de estar, el valor de la inteligencia, de la curiosidad e incluso del humor como forma de abordar las encrucijadas que tiende la escueta y exigente duda ontológica. Esto es, el vivir.

La relevancia del interlocutor

Recuérdese la antigua inscripción en la estatua de Isis: “Yo soy lo que es”, o bien, esa otra versión de la inscripción, ampliada: “Yo soy todo lo que ha sido y lo que será; ningún mortal podrá alzar mi velo” habiendo de entender, quizá, la expresión ‘alzar mi velo’ como la empresa inútil de pretender desvelar el interior.

Realidad humana; realidad de realidades

Todo lo cual sea dicho (o, cuando menos, pensado) a sabiendas de que es de advertir que no es el aforismo, *sensu*

estricto, una obra literaria que se preste al juicio crítico al uso; sin embargo, en su brevedad, cada aforismo contiene sustancia para alimentar toda una obra literaria, todo un pensamiento metódico

En ese sentido, y tal como nos ha querido recordar Sanchez Pascual, “el aforismo no es sino una forma filosófica cuya rotundidad y autonomía son el resultado del trabajo del pensamiento; por tal, no solo representa un ejercicio de concentración, sino que va más allá en cuanto que en él están implícitos -y esta es una apreciación muy a tener en cuenta- "lo que se dice y lo que no se dice".

Esta consideración me parece muy importante, pues es precisamente a partir de aquí donde interviene ese destinatario, ese segundo protagonista que se ha entregado al texto ofreciéndole su soledad, su inteligencia, su libertad: el lector. El mismo que, afanoso de colaborar –de tener su parte de protagonismo- ha de venir en re-crear, esto es, es ampliar o enriquecer o, sencillamente, establecer ‘variaciones sobre un mismo tema’ en lo que hace al discurso recibido, al texto intermediario.

Es decir, el lector, que ha entendido a su modo lo que el autor ha querido expresar (y ocultar) elaborará su propio significado. Y así en cada lector.

Tal ejercicio es lo que universaliza, da consideración democrática al aforismo que, en sustancia, no es tanto una afirmación como la (más o menos explícita) formulación de una duda. La única verdad que le cabe en propiedad a todo hombre inteligente.

Una vigencia siempre oportuna

Volvamos a las fuentes, a las consideraciones de aquellos que han sabido exponer las 'interioridades' de una significación expresiva tan alusiva como elusiva.

Al menos en lo que hace a la tradición moderna, es Georg Christoph Lichtenberg quien pasa por ser un verdadero renovador de esta manifestación literaria, quizá por las circunstancias que han contribuido a convertirle en un ejemplo único en la materia por cuanto en tal actividad especulativa se encierra, con exclusividad, toda su obra.

Muchos otros aforistas de genio entendieron su importancia. "Podemos utilizar los escritos de Lichtenberg -escribió Goethe- como la más maravillosa de las varitas mágicas; donde él hace una broma, hay algún problema oculto". Y Canetti: "Su curiosidad está libre de toda atadura; surge de cualquier parte y se dirige a cualquier parte".

Repárese: un mundo literario pleno de sugerencia, de invitación a la reflexión, de juego constructivo donde la naturaleza y el secreto del hombre y su destino centran la materia sobre la que se ironiza, sobre la que se especula. En tal consideración ha venido a abundar un reputado lector y traductor, y bien que les va en ello su prestigio por la dificultad de la traslación: "Este empirista de formación inglesa -escribe Juan del Solar- pragmático y antimetafísico, se centra, claro está, en el estudio de la naturaleza y del ser humano, en la tarea de explorar 'las caras del alma', que asume a sabiendas de que nada es tan insondable como el sistema de móviles de nuestros actos' y

a través de la cual se aproxima hasta los umbrales mismos del inconsciente".

Podemos señalar algunos ejemplos de cómo expresa el propio Lichtenberg esos pensamientos capaces de trasladarnos más allá, a un paisaje más rico, más significativo del que una primera lectura nos habría hecho sospechar: "Puede asolearse el día bajo una idea cálida", o bien, "Jamás inteligencia alguna se paralizó con mayor majestuosidad"

¿Y qué será ello? ¿Cuál habrá sido el motivo verdadero de esa sugerente paralización majestuosa? Ahora recuerdo y, mucho me temo, estoy gozosamente condenado a recordar, aquel ingrátido observar: "Tal vez, tal vez en este instante el silencio ha cambiado de postura"

Todo, partir de ahí, será nuevo; nuevo y distinto

A modo de conclusión

Digamos que, de las consideraciones que se han hecho del aforismo, puede derivarse también como el de ser un ejercicio de reflexión más o menos vago; no obstante, he ahí, siempre, la inevitabilidad de su condición absorbente, incluso implicadora. El lector pasa a ser el protagonista, el que piensa, extendiendo su voluntad -lo que implica la magnificencia de la duda- hacia el pensamiento. Es así que, a través del aforismo, se puede llegar a plantear, de hecho, una relación de pensamiento amplia, al modo de una universalización del contenido filosófico.

Su valor y su destino es, ha sido siempre, un enriquecimiento del mundo interior a través de la palabra.

La comunicación, por ello, adquiere en el aforismo una cota milagrosamente alta de perspectiva, de identificación, de inteligencia.

Y su dificultad está en su exigencia. Nada, en el aforismo, ocurre en vano, nada es baladí en esas pocas palabras elegidas que transmiten más que un significado, su esencia. De ahí que tradicionalmente se le haya vinculado a esos dos alados extremos de la literatura: la Poesía y la Filosofía.

¿Cabría establecer relación entre esta manifiesta voluntad de recoger únicamente lo primigenio, lo esencial, y la que expuso Edmond Jabés cuando dijo: "En mi caso, el aforismo -lo que podríamos llamar la frase desnuda- surge de una necesidad de rodear a las palabras de blanco para permitirles respirar"?

A buen seguro que sí, que tal relación resultaría oportuna, y entonces ese blanco no sería sino la parte oculta, la que encierra y otorga la condición de posibilidad y pertinencia al íntimo significado aforístico

Ricardo Martínez-Conde